

Rafael Fernández de Castro (coord.), *En la frontera del imperio*, México, Ariel (Serie México en el mundo), 2003, 312 pp.

En una montaña en Keystone, Dakota del Sur, a 1900 metros sobre el nivel del mar, se pueden apreciar las efigies colosales de cuatro ex presidentes estadounidenses: George Washington, Thomas Jefferson, Abraham Lincoln y Theodore Roosevelt. Esta obra monumental es conocida como el Monte Rushmore e inmortaliza la memoria de cuatro personajes de la historia de Estados Unidos que contribuyeron de manera significativa al crecimiento geográfico, político y económico de esa nación. No es casualidad que el escultor Gutzon Borglum, autor de la gigantesca obra, haya decidido crearla en tales condiciones. Más allá de la magnificencia visual de las esculturas, hay un lenguaje casi hipnótico y avasallador que nos recuerda de qué manera Estados Unidos se ha convertido en la potencia que actualmente conocemos.

Tal parece que los rostros del Monte Rushmore observan el horizonte, en una eterna búsqueda del ya conocido *destino manifiesto*. Ubicados en lo más alto, tallados en piedra, fuertes ante la acción del tiempo, con sus párpados calizos, incansables, invencibles ante cualquier tormenta, estos rostros son mito y símbolo. Y así, mediante este binomio —el cual va más allá de lo tangible—, Estados Unidos ha logrado crear un imperio que comenzó únicamente con una embarcación llamada *Mayflower* y el deseo de obtener el valor más grande que cualquier ser humano pueda desear: su libertad.

No obstante lo anterior, de la misma manera que el Monte Rushmore puede ocasionar gran efervescencia, también puede mostrarnos otra cara: a casi 2000 metros sobre el nivel del mar, su aspecto es indudablemente solitario, lejano.

A partir de esta simple comparación, podemos ubicar a Estados Unidos, en el contexto actual, como un Monte Rushmore en ascenso continuo y con rostros cada vez más simbólicos y míticos, pero con el peligro inminente de situarse, cada vez más, en un nivel casi inalcanzable, fuera de todo y de todos. Corre el riesgo de estar completamente en las alturas; de consolidarse, como Samuel P. Huntington lo ha señalado, en una superpotencia solitaria.

El encuentro exitoso de Estados Unidos con la libertad colocó y afianzó a esta nación como *faro de la democracia*. Franklin D. Roosevelt, en un discurso pronunciado en 1941, habló sobre las cuatro libertades humanas fundamentales, entre ellas, la libertad de expresión y de culto. Lamentablemente, el afán estadounidense de velar por estos valores ha llevado al país a un extremo peligroso que el lingüista Noam Chomsky ha denominado como la quinta libertad, es decir, la libertad de intervenir en los asuntos de terceros Estados. Esto último ha ocasionado grandes debates, sobre todo después de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 y, más recientemente, de la decisión unilateral de atacar Iraq.

Como es bien conocido, Karl von Clausewitz consideraba que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Estados Unidos, potencia hegemónica desde el fin de la guerra fría, ha intervenido prácticamente en todo el globo terráqueo (Guatemala, en 1954; Cuba, en 1961; El Salvador, en 1972; Viet Nam, en 1965; Kosovo, en 1999), con la idea de ejercer influencia en la conformación de gobiernos democráticos y en el fin de regímenes autoritarios. Ante esta realidad, si bien es cierto que la labor democrática y pacificadora estadounidense

ha sido dirigida por la antigua creencia de su destino manifiesto, el multilateralismo y el ejercicio del derecho internacional no deben dejarse a un lado por los deseos de una sola nación.

En este contexto, México ha tenido un papel complicado debido a las decisiones que adoptó después de lo ocurrido en septiembre de 2001 y, posteriormente, en relación con Iraq. A raíz de esto se puso en claro la posición dominante de la política estadounidense y la difícil situación de nuestro país debido a su ubicación estratégica respecto de su vecino del norte. A pesar del velado unilateralismo de Estados Unidos y de la ardua tarea que la diplomacia mexicana llevó a cabo en el Consejo de Seguridad, se ha logrado enriquecer, en forma significativa, el manejo de nuestra política exterior, a la vez que se han respetado, por encima de todo, los principios y ejes fundamentales de esta política.

Aun así, la nueva diplomacia mexicana no puede calificarse del todo como bondadosa ni como protegida o alejada de cualquier vicisitud. Prueba de ello ha sido el inevitable paso de una luna de miel a una decepción mutua entre nuestro país y Estados Unidos, como bien lo ha expresado el doctor Rafael Fernández de Castro. Nuestra diplomacia ha dejado atrás la parsimonia y ha adoptado de manera positiva un activismo acorde con la nueva arquitectura mundial. Con ello, México ha logrado integrarse en definitiva al camino vertiginoso que han marcado las grandes economías mundiales en la historia reciente.

Precisamente la inserción de nuestro país en la dinámica mundial ha sido uno de los motivos que dieron lugar a la preparación del tercer título de la serie México en el mundo, el cual no sólo enmarca la problemática de nuestras relaciones con Estados Unidos en los últimos tiempos, sino también la posición de México con respecto a Europa, Asia y América Latina. Aunque la relación bilateral con los vecinos del Norte es ciertamente una gran prioridad, la participación mexicana en el escenario

mundial ha exigido una comunicación intensa con las diferentes regiones del orbe. Esto ha servido como contrapeso a los temas puestos sobre la balanza de la política exterior de México. Aun así, muchos temas de la realidad internacional actual habían estado alejados de nuestra política exterior; de ahí la necesidad de mantener un equilibrio histórico respecto a los grandes temas de la agenda internacional.

*En la frontera del imperio* intenta no sólo trazar un panorama de la situación de México en sus relaciones internacionales, sino poner sobre la mesa los avances y retrocesos de la política exterior mexicana, al tocar temas relativos a la seguridad, la migración, la vieja y la nueva Europa, los cambios en Medio Oriente y la relación comercial con China, entre otros.

Es importante recalcar que no únicamente se lleva a cabo un análisis de nuestra política exterior con Estados Unidos; también se expone de qué manera todos los campos de acción de esta política se vinculan al resto de los países con los que hemos intensificado nuestras relaciones. Es evidente que la diversificación de nuestra política exterior va más allá de un intento por entablar mejores y mayores diálogos con otras naciones. Es una búsqueda con objeto de consolidar definitivamente nuestra presencia en la comunidad internacional, en un escenario que, de acuerdo con Luis Herrera Lasso y Gustavo Mohar, nos deja sin una opción de bajo costo.

En otras palabras, México ha adoptado un compromiso en el marco multilateral y deberá correr los mismos riesgos que los demás países participantes en este contexto.

“Actuar bajo principios morales es tentar al destino”, según plantea el académico James Robinson al principio del libro. Toda nación corre el riesgo de actuar bajo esa batuta; por ello, la doctrina de ataque anticipado o preventivo que ha empleado el gobierno de George W. Bush en Iraq deberá tomar en cuenta que en cualquier momento el destino puede ya no estar

apostando a su favor, lo que se verá reflejado en la respuesta de la comunidad internacional ante cualquier escenario posible. El asunto primordial en tal caso se encontrará en los mecanismos, la legitimidad y la fortaleza con los que los organismos internacionales actúen y hagan valer el propósito de su razón de ser.

Como bien lo señala Claude Heller, el fin de la guerra fría no abrió paso a una reorganización institucional de las relaciones internacionales, como sí sucedió al término de la segunda guerra mundial. Dicho de otro modo, hay un desajuste en el marco multilateral. A pesar de ello, las consecuencias de una acción arbitraria por parte de un Estado hacia otro son evidentes, y la asincronía que quizá exista en las instituciones actuales no debe dar paso a la ausencia de cualquier tipo de derecho que salvaguarde las garantías fundamentales de toda sociedad.

Sin abarcar en lo absoluto la amplitud de temas que son tratados en el libro *En la frontera del imperio*, tercer título de la serie anual México en el mundo, sólo resta decir que la oportuna aparición de esta publicación contribuirá a esclarecer de mejor manera la situación internacional en la que se encuentra México en la actualidad y las nuevas posibilidades que se le abren en las diversas regiones del mundo. Esperaremos con gusto la siguiente entrega.

*Gabriel Gutiérrez Serrato*